

COLECCIÓN ARIEL

Epitomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 31	San José, Costa Rica. C. A.	Abril, 1913
-----------	-----------------------------	-------------

SUMARIO

César Carrizo *La huerta* ✓
 S. Restrepo *La antítesis de la fuerza* ✓
 Evaristo Carriego. *La canción del barrio* ✓
 Leopoldo Lugones. *La educación del odio* ✓
 Rubén Darío. *Films de viaje* ✓

La huerta ¹

CUENTO DE GESTA

(Nos contaba el abuelo)

ERA mañana de riego. Amanecer de égloga y virtudes primitivas. De los surcos abiertos llegaba un perfume de bienandanza. La acequia decía a lo largo del cañaveral su canción antigua, y las eras se llenaban de agua. Había plenitud de setiembre en el aire, y amor de pájaros entre las viñas.

¹ Del *MUNDIAL MAGAZINE*. París.

Ismael, fuerte y bravo a pesar de los setenta años que llevaba en sus hombros, hundía la pala en la tierra familiar. Modulaba un cantar lugareño de raza indómita. Era la copla vetusta, y sin embargo joven, que dos generaciones repitieron como una consigna invariable. Canción de gesta y de vendimia, las emociones heroicas y las clemencias del hogar se ajustaban en rimas perfectas.

Los antepasados, sus progenitores, todos habían ido perpetuando la huerta para transmitirla, intacta, como una reliquia. A ella volvían los hijos de los padres y los hijos de los hijos, como si una potencia inmateral y prodigiosa quisiera mantener la cohesión de las proles nuevas con el tronco aborigen. La huerta significaba el reducto de una familia, de una raza de bronce, abolida por el destino y la justicia civil. Sólo Ismael quedaba en pie, y Mariana—su hija—la heredera final.

El viejo labriego suspendió el cantar. No sé que idea... cruzó por su alma. Pensó en la vida, en la esposa muerta y en Mariana...—Por qué no fué varón?—Qué será de la huerta, si Mariana no se casa cuando yo me ausente para siempre?

Y desde el fondo del valle, el río parecía enviarle rumores de apronte y avanzada. El pasado!

Mientras Ismael daba a la tierra su esfuerzo, Mariana, vigilosa, al amparo del cañaveral, costeaba el cerco en busca de Próspero.

—Ma... ria... na!—gritó el padre—te he dicho que no vayas al cerco; mira que puede picarte una víbora...

Para él, que poseía la conciencia de la vida, no pasaban indiferentes los continuos viajes de su hija al fondo de la huerta.

Al otro lado se extendía el solar de los Velazco, familia de palimpsestos, según el decir de los montañeses. Gente aventurera, venida de detrás de los montes, y que fué aumentando sus posibles merced a entreveros judiciales.

Cierto día, Don Lázaro, en la efusión del cariño, dijo a su hijo:—Yo quisiera, Próspero, que tu herencia abarcara todo el valle, hasta los mogotes del Famatina.

Y el primogénito vibró de orgullo. Soñó conquistarlo todo, todo, menos la huerta de Ismael, porque... Mariana, Mariana! Jóvenes ambos, sin querer y sin pensar, se amaron a despecho de las rencillas secula-

res. Ella con el fervor del primer desahogo, y él con el deseo que sentimos por la primera manzana. Qué importaban los odios de raza! El amor, la dulce fatalidad de los seres, quería redimir en los vástagos el contrapunto bravío de dos estirpes. El cerco fué testigo complaciente. Muchas lunas volcaron su platonismo sobre aquellas dos cabezas. El cañaveral rumoroso aprendió alguna leyenda precoz, y la viña, que guarda el milagro de Eva, les hizo más de un reproche sin palabras.

A pesar de todo, el plan estaba trazado: casarse o fugarse y, sobre todo, el amor. Ni los Velazco ni menos Ismael olvidarían sus odios, en homenaje al querer. Allá, en el fondo de la vida, pesaba el sedimento amargo que nadie pudo arrojar; y si grande era el amor de los jóvenes, era imposible la renzilla de los viejos.—Casarte tú con Mariana? Nunca! Tiene sangre indígena!—Casarte vos con Próspero? Jamás! Lleva sangre de ladrones!

El dilema era de hierro. Al amparo de la montaña había cobrado consistencia, y ninguna familia podía claudicar en presencia del monte siempre grave, siempre azul y bravío como una lección heroica. Entonces

los jóvenes decidieron fugarse, conocer el mundo. Cruzarían los cerros, el llano, los villorrios; marcharían juntos en la vida, sin querer y sin pensar; y así fué.

La noche de la fuga, Ismael no podía dormir. Sus nervios tenían vibraciones extrañas y por las arterias le corrían olas de juventud.

Desde la huerta venían perfumes de se-
menteras. Las azucenas montañesas daban su tributo a Setiembre, y la flor del *Corpus* derramaba su santidad en la noche. Había en el valle del Famatina esa emoción de liturgia y de renacimiento exclusiva de la región, donde los conquistadores dejaron bravura y ambición en homenaje al monte de Plata.

Ismael quiso incorporarse. Se creyó joven como para recuperar las tierras perdidas. Pendían de la pared sus armas. Estuvo a punto de empuñarlas para hundir la mo-
harra en el corazón mismo de los Velazco, y vengar en una hora la tragedia secular. Los antepasados se levantaban desde el fondo de la noche, y le recriminaban. Era el alerta de la sangre cruzando las tumbas y los siglos, para llegar como un grito de mando y de venganza. Pasados unos minu-

tos, alguien movió los cañizos y alacenas. Se arrastró por el patio, penetró en la sala y, sobre el estrado alfombrado de *chuse*, se puso a llorar.—Será el viento que pasa?— se dijo Ismael. Mas era el espíritu de la raza, los númenes heroicos del hogar, que le avisaban que Mariana quería ser libre.

Al otro día temprano corrió al cuarto de su hija. Nadie estaba allí.—Ma... ria... na!

Y aquel nombre, llevado por el viento, llenó la huerta, rebotó en las peñas y se perdió en la eternidad. El viejo lloró por primera vez lágrimas de maldición, porque su hija echaba un borrón sobre la estirpe. Ya la huerta no tendría heredera, ni una mano que la defendiera de los Velazco.

Pasaron los años. Próspero retornó, pero Mariana ¡quién sabe por qué caminos vagaba con alguna cruz a cuestas! Tal vez sería la compañera de algún pastor, de un minero, o bien la esclava de algún Señor de la Villa; pero no regresó más. Razón tenían los padres al prohibir aquel amor: no podían marchar juntos. Los separaba la cuna, el atavismo, las herencias desiguales. Frente al amor de una hora estaba el egoísmo inmemorial. Y el dilema parecía estar escrito en la piedra:—Casarte tú con Mariana?

Nunca! Tiene sangre indígena. — Casarte vos con Próspero? — Jamás! Lleva sangre de ladrones.

Ismael en tanto, muy viejo, presintió que se acercaba la muerte una tarde de Agosto. La sintió llegar en las hojas secas que empuja el viento. Sentado debajo del corredor, junto a las glicinas plantadas por Mariana, vió que una sombra saltó el cerco y venía hacia él. Lloró el gallo como en las patrañas del fogón, y las aves piaron en el ramaje.

Ismael quiso levantarse para correr hacia el extraño personaje, y la sombra ya fue una penumbra vasta distendida por la tierra y el cielo. Sus pupilas se llenaban de noche, y todo él descendía por un precipicio interminable. Luego fué una línea bermeja, más allá un punto, luego nada. Y el último luchador espiró. Se desplomó entero con su tradición a cuestas.

Después, nadie fué a la casa abandonada. Las gentes de la montaña bordaron consejas alrededor de la huerta, creyéndola tierra maldita, a donde *la mula ánima*, después de correr por los cerros, llegaba a transformarse en mujer.

El tiempo, hábil destructor, fué secando la savia de los árboles. La carcoma perforó

los horcones, y las paredes se vestían de pátina mortal. Los Velazco cortaron el agua, y la acequia no volvió a decir su canción antigua. Ausentes las almas, las cosas morían como si una maldición gravitara sobre la heredad de Ismael.

Mariana, desencantada de todo y así como retorna el bruto a sus pagos, volvió en busca de su herencia.

No tenía más en el mundo. El rancho nativo la atraía, poderoso, pertinaz, con esa fuerza inmanente que ninguno, a fuer de rebelde, pudo dominar.

La huerta, repulsiva para los montañeses, le decía a través de la distancia como en la niñez: Mari...a...na!

Al tocar la puerta, el frío del abismo heló su juventud. Se vió infeliz y fracasada, sin otro horizonte que la huerta, reseca y torva. Desprovista de naranjos y viñas, sólo quedaba allá, en el fondo, el cerco maldito.

Su hija fué criándose. Se modelaban sus líneas y acentuaba el continente. Ambas roturaban el suelo para labrarse el pan de la Biblia. Mas, las eras estaban duras, miserables. Todas las energías se quebraban en vano, pues la tierra de Ismael, fecunda y alegre, se fué con Ismael.

—Madre—le dijo Elenita una mañana—
Quieres cortarme unas *docas* del cerco?

—No es el tiempo de las *docas*, mi hijita.

—Entonces, córtame los duraznitos de
San Juan, que son tan ricos.

—No, mi hijita, están muy altos.

—Entonces, mamá, yo los cortaré.

Y se dirigió corriendo al cerco, opulento
de frutillas, *docas* y duraznitos de San Juan.

—Elenita! no vayas al cerco. Allí tiene
su guarida un animal venenoso que picó al
abuelito, y le mató.

—Pobre abuelito!... Era bueno, te que-
ría mucho, me acariciaba cuando nena?

La especie iba a seguir el rumbo de la
especie, por razones de profecía y fatalismo.

La madre lo abarcó todo, y tuvo miedo
de sus antepasados. Un fiero recuerdo, a
manera de puñal, penetró su corazón, mien-
tras Elenita, trepada en el cerco, cortaba
duraznitos de San Juan.

La huerta, hirsuta y maldita, la retaba
frente a frente: era el apocalipsis de su pro-
pia raza.

Y sintió que una voz de muchedumbre la
nombraba desde el fondo de los siglos:
Mariana!

César Carrizo.

La antítesis de la fuerza ¹

A propósito del asesinato de Canalejas, refrescan algunos periodistas de Sud-América los temas un tanto descoloridos de la filosofía perniciosa y la literatura malsana y las ideas nocivas, engendro del espíritu revolucionario. La fe de estas criaturas ejemplares en la eficacia determinante de ciertos pensamientos, lanzados en ediciones baratas a la circulación, nos trasporta de un golpe a la edad de oro de la credulidad. Con la más edificante buena fe, se trata de inducirnos en la creencia de que si no se hubiesen propagado en las muchedumbres determinadas enseñanzas sobre el bien y el mal, la naturaleza humana habría permanecido exenta de aquellos desórdenes de la imaginación y de la voluntad que culminan de tiempo en tiempo en atentados sangui-narios contra los gobernantes.

¹ De HISPANIA. Londres.

Habr  quienes se inclinen a considerar estos exabruptos como otros tantos ejercicios inocentes de retórica reaccionaria, enderezados a reanimar el entusiasmo declamatorio y polemizante en las filas de un público entibiado y olvidadizo de sus tradiciones áulicas. No hay que consentir tales ilusiones. Examinados a la luz de sus antecedentes propios, estos arranques oratorios suministran una revelación de valores psicológicos latentes que contienen todo el problema de una sociedad. En los pueblos de raza hispana, bajo el barniz artificioso de culturas opuestas que pugnan entre sí, se suele descubrir a escasa profundidad el inquisidor dispuesto a ajusticiar en nombre de la pureza del dogma o de cualquier otra cosa, a todos los que no suscriban los artículos de la fe tal y como él los entiende.

Para todo efecto intelectual, aquellas sociedades no son sociedades, esto es, agrupaciones presididas por la competencia y la cooperación y propicias a la selección de tipos y de funciones cada vez más eficientes. Nada de eso. Su carácter verdadero es el de mecanismos chinescos, de ruedas y garfios humanos, propios para comprimir y mutilar y desfigurar al individuo, redución-

dolo a la condición de ente amorfo e inofensivo dentro del cuadro social. Nada más significativo a este respecto que el horror a las ideas manifestado en la prodigalidad de epítetos de que se valen allí los intérpretes leales del sentido popular para clasificarlas: Buenas y malas, nocivas, perversas, malsanas, peligrosas, etc., etc. Todo, menos lo único importante, que es la exactitud o inexactitud de ellas. El criterio que preside a estas clasificaciones es obtuso y tortuoso al mismo tiempo: carece tanto de precisión como de probidad. La cuestión de que la tierra sea redonda o plana, por ejemplo, es en sí misma indiferente para aquellas escuelas de charlatanes serviles y sofistas alevosos. Lo que importa es saber si convendrá que sea redonda o plana, para rodear el concepto favorable de todos los sufragios y proscribir el concepto contrario como opuesto al orden y a la tranquilidad social.

La tranquilidad y el orden, convertidos así en finalidades empíricas de la conducta, suministran el pretexto más complaciente y elástico que pudieran apetecer la intolerancia y la relajación. La doctrina de las ideas peligrosas, fundada en la asociación autojadiza entre ciertos delitos coetáneos

con el mundo y ciertas enseñanzas de la era revolucionaria, echa raíces profundas en la imaginación de la plebe. En otros tiempos, cuando el mundo era más crédulo, se dió el caso de que los tribunales condenasen a una vieja acusada de haber provocado por artes de hechicería una tempestad en el mar. La ignorancia de las leyes naturales que permitía semejantes extravíos ha desaparecido. Pero la mala fe de los hipócritas y los filisteos reanima piadosamente los tizones de la hoguera y entrega los libros malditos a las llamas, mientras una crisis propicia le pone al alcance de las garras la piel de los réprobos del intelecto.

El secreto peculiar de estas, como de todas las aberraciones que se ciernen sobre el drama de nuestra evolución social, se encuentra, al profundizarlo, en una falsa actitud ante la vida y en una interpretación radicalmente errónea de los valores que determinan la pujanza y la dirección de ésta. No sería difícil demostrar, acopiando los testimonios respectivos en los más diversos campos, que esa actitud, en resumen, consiste en algo que pudiera llamarse el culto de la debilidad. Política, costumbres, educación, literatura, el arte mismo, tan sin-

cero y tan franco y valeroso en los días de su esplendor, suministran indicios significativos de una tendencia malsana a eludir, por medio de subterfugios y sutilezas, la aceptación de las leyes de eficiencia, de vigilancia y energía que reclama, hoy como nunca, la naturaleza. Y como siempre y donde quiera que está ausente la confianza en sí mismos, los hombres y los pueblos multiplican instintivamente las ostentaciones exteriores, simplemente teatrales, de la fuerza que les abandona. La disciplina desfallece, pero se ensanchan y robustecen las atribuciones de la autoridad. Las costumbres se relajan, pero se prodigan las precauciones y sanciones de la moralidad. Las generaciones vegetan, entregadas por la incuria de los progenitores a la corruptela de los pedagogos, pero el programa de estudios se recarga y extiende sus ramificaciones por todos los campos del saber, y los diplomas y las recompensas encubren, o presumen encubrir, la incompetencia de los educandos. Y cuando un día cualquiera, en el pasaje más endeble y artificioso—o en el mejor sostenido y cimentado—de esta farsa de naciones y de razas, recupera por un instante la naturaleza sus derechos y

habla con su sinceridad temeraria por boca de la revolución o de la huelga, entonces, en vez de aceptar con entereza la expiación necesaria y saludable, nos salen al paso los periodistas reaccionarios con el rostro desencajado pregouando la responsabilidad de los escritores impíos.

En la prensa de los Estados Unidos de América, donde revolotean habitualmente las avutardas más torpes de la trivialidad, se produjo una nota por lo menos de originalidad redentora a propósito del atentado contra Roosevelt. *The deed of a weakling*, fué la expresión afortunada de que se valió un escritor para designar la aventura. Esa palabra, *weakling*, revela toda una mentalidad, toda una psicología de mastín poderoso a quien no le perturban el sueño los gozques alarmistas de su barrio. Seguramente si la bala del lunático le pone fin violento a la carrera del ex-candidato, hubiéramos tenido también una explosión clamorosa de vulgaridades plañideras, con el estrabillo, aquí y allá, de los libros deletéreos y de las prédicas incendiarias. El miedo es de un mismo color en todas partes. Según pasaron las cosas, el populacho de Minneapolis diz que quiso lynchar al

autor del atentado. El populacho (como también el público selecto) de los Estados Unidos, permanece fiel a sus tradiciones. No lo ilumina precisamente el espíritu volátil de aquel otro pueblo epigramático y sinuoso que explotaron en su época los demagogos atenienses. Pero ha inventado los Winchester y los *six shooter*, y cuando manos aviesas e intemperantes se atreven con los demagogos que lo explotan y entretienen, su impulso más natural es el de colgar y acribillar al malsín. La reacción final, como se ve, es análoga entre estos idólatras de la fuerza y aquellos hipocondriacos atormentados por el delirio de persecución de las ideas nocivas. Lo que no impide que entre la una y la otra mentalidad medie todo el abismo que hay entre la fuerza segura de sí misma, amante de la responsabilidad y dispuesta por tanto para la libertad, y el odio solapado y rencoroso por ésta y el horror instintivo por aquélla que acompañan a la sensación de ineptitud y de flaqueza propia. *La vie c'est le contraire de la mort*, escribieron los Enciclopedistas, esquivando con un golpe de dialéctica el mas escabroso quizás de los problemas que han confrontado a la ciencia de la definición.

Por un procedimiento análogo, y ciñendo más de cerca la realidad del problema respectivo, pudiera decirse que la debilidad es no solo la ausencia, sino la antítesis misma de la fuerza.

S. Restrepo

La Canción del barrio

El silencioso que va a la trastienda

Francamente, es huraña la actitud de ese obrero que, de la alegre rueda casi siempre apartado, se pasa así las horas muertas, con el sombrero sobre la pensativa frente medio inclinado.

Sin asegurar nada, dice el almacenero que, por momentos, muchas veces le ha preocupado ver con qué aire tan raro se queda el compañero contemplando la copa que apenas ha probado.

Como a las indirectas se hace el desentendido, el otro día el mozo que es un entrometido, y de lo más cargoso que se pueda pedir, se acercó a preguntarle no sabe qué zoncera y le clavó los ojos, pero de una manera que tuvo que alejarse sin volver a insistir.

Por la ausente

Fuma de nuevo el viejo su trabajosa pipa, y la madre escucha con indulgencia el sabido proceso de la dolencia que affige a una vecina poco animosa.

El muchacho concluye la fastidiosa composición que sobre la negligencia en la escuela le dieron de penitencia por haber olvidado no sé que cosa; y en el largo silencio que de repente como una obsesión mala llena el ambiente, muy quèdo, la hermanita va a comenzar la oración, noche a noche tartanudeada, por aquella perdida, desamorada, que hace ya cinco meses dejó el hogar.

La silla que ahora nadie ocupa

Con la vista clavada sobre la copa se halla abstraído el padre desde hace rato: pocos momentos antes rechazó el plato del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente llega en silencio alguna que otra mirada hasta la vieja silla desocupada que alguien, olvidadizo, colocó enfrente.

Y mientras se ensombrecen todas las caras, cesa de pronto el ruido de las cucharas porque, inocentemente, como empujado por esa idea fija que no se va, el menor de los chicos ha preguntado cuando será el regreso de la mamá!

La que se quedó para vestir santos

Ya tienes arrugas. Qué vergüenza! Pronto serás abuelita, sin ser madrecita.

Anoche me puse triste como un tonto
viéndote en tu pieza, siempre tan solita.

...Ni siquiera una vulgar historieta?
Quizás el *veleta* que, como otros tantos,
se fue y, al marcharse, por ese *veleta*
se quedó la novia para vestir santos...

Y tú sufrirías, o no sufrirías
nerviosas esperas, y te quedarías
como es natural,
tan indiferente que al día siguiente
ya no había nada, nada solamente
mojadas las puntas de tu delantal!

La costurerita que dio aquel mal paso...

La costurerita que dio aquel mal paso...
—y lo peor de todo, sin necesidad—
con el sinvergüenza que no la hizo caso
después...—según dicen en la vecindad—

se fue hace dos días. Ya no era posible
fingir por más tiempo. Daba compasión
verla aguantar esa maldad insufrible
de las compañeras ¡tan sin corazón!

Aunque a nada llevan las conversaciones,
en el barrio corren mil suposiciones
y hasta en algo grave se llega a creer.

Qué cara tenía la costurerita!
Qué ojos más extraños, esa tardecita
que dejó la casa para no volver!

El regreso de la costurerita

Qué tarde regresas! Serán las benditas locuaces amigas que te han detenido? Vas tan agitada! Te habrán sorprendido dejando hace un rato la casa de citas?

Adiós, morochita!... Ya verás, muchacha, cuando andes en todas las charlas caseras: sospecho la risa de tus compañeras, diciendo que pronto mostraste la hilacha...

Y si esto ha ocurrido, que en verdad no es poco, si diste el mal paso, si no me equivoco, y encuentro el secreto de esa agitación, ¿quién sabrá si llevas en este momento una duda amarga sobre el pensamiento y un ensueño muerto sobre el corazón?

Has vuelto...

Has vuelto, organillo. En la acera hay risas. Has vuelto llorón y cansado como antes.

El ciego te espera las más de las noches, sentado a la puerta. Calla y escucha. Borrosas memorias de cosas lejanas evoca en silencio, de cosas de cuando sus ojos tenían mañanas, de cuando era joven... la novia... quien sabe! Alegrías, penas vividas en horas distantes. Qué suave se le pone el rostro cada vez que sueñas

algún aire antiguo! Recuerda y suspira.
Has vuelto, organillo. La gente
modesta te mira
pasar, melancólicamente.
Pianito que cruzas la calle cansado,
moliendo el eterno
familiar motivo que el año pasado
gemía a la luna de invierno:
con tu voz gangosa dirás en la esquina
la canción ingenua, la de siempre, acaso
esa preferida de nuestra vecina
la costurerita que dio aquel mal paso.
Y luego de un valse te irás como una
tristeza que cruza la calle desierta,
y habrá quien se quede mirando la luna
desde alguna puerta.
Adiós, alma nuestra! parece
que dicen las gentes en cuanto te alejas.
Pianito del dulce motivo que mece
memorias queridas y viejas!
Anoche, después que te fuiste,
cuando todo el barrio volvía al sosiego
—qué triste!—
lloraban los ojos del ciego.

Evaristo Carriego ¹

De *Ideas y Figuras*. N^o 83. Buenos Aires.

¹ De la Argentina. El alma del triste y miserable suburbio bonaerense halló en él su más tierno y sincero cantor. Murió Carriego a los 29 años de edad, el 13 de octubre de 1912.

La educación del odio ¹

Londres, Setiembre de 1912.

EL reciente aumento de pertrechos bélicos en todas las naciones europeas, así como el cariz que adquiere la política de la paz armada, desvanece ante las opiniones más optimistas aquellas esperanzas concebidas por el pacifismo parlamentario y el sentimiento fraternal de quienes creían que los gobiernos pueden desempeñar la agencia de ideales humanitarios, contribuyendo en tal forma a la felicidad común. Los gobiernos van demostrando, como siempre, su carácter conservador y fatalista que es decir fundamentalmente contrario a todo ideal, con la formación cada vez más alarmante de un estado de guerra cuyas consecuencias podrían ser funestas para la misma civilización cristiana. La lógica que los arrastra, es aquella pesimista y contraria a todo progre-

¹ De LA NACIÓN de Buenos Aires.

so, en cuya virtud las cosas serán como son, porque han sido: quiere decir, en el caso, que los hombres seguirán obedeciendo a sus amos y matándose unos a otros siempre que a dichos amos así convenga, exactamente como los salvajes en el seno del bosque primitivo. Con igual criterio, las religiones han tenido por diabólico y corruptor, todo progreso que sustraía la humanidad al demonio de la ignorancia, sin excluir las propias catedrales, en cuya fábrica veía la superstición así encaminada, el concurso de Satanás. Y es que el dogma de obediencia, representado de consuno por religiones y gobiernos, comporta la sujeción a la barbarie, madre del miedo que los engendra y sostiene.

Pero el desarrollo de la civilización en los dominios de la materia y del espíritu, ha demostrado que la conquista progresiva de la naturaleza, dentro del hombre y fuera de él, aleja constantemente a la humanidad de aquel estado primitivo, dándonos derecho a pensar que no seremos hoy como ayer, por la razón de haberlo sido. Los cuentos de mi infancia, atribuían a las hadas, es decir a los símbolos de la quimera, la facultad de andar en coches que marcha-

ban solos, de volar por el aire y de regalar-se en mesas servidas por agentes invisibles. Treinta años después, andamos en carrua-
jes que marchan solos «con sus caballos
adentro» conforme a una antigua definición
del absurdo paradójal, volamos por los ai-
res, y las comidas automáticas en mesas
que aparecen y se sirven solas, constituyen
una diversión dominical de los niños, sumi-
nistrada a bajo precio por las «maisons
électriques». Así mismo, son diferentes los
estados de conciencia. La religión de hoy,
es cosa muy distinta de lo que fue en la
Édad Media. El concepto gubernativo ha
cambiado. Ahora los amos no conducen a
los pueblos por mera imposición de su volun-
tad, sino que necesitan engañarlos con pe-
ligros quiméricos y con elecciones cada vez
más desprestigiadas. Deben contar y cuen-
tan con un fenómeno moral, antes descono-
cido: el despertamiento de la conciencia
obrera. Y este estado moral domina toda la
evolución social y política.

No existe, pues, motivo alguno que auto-
rice a mantener en nombre del pasado, por
la especiosa razón de que así fue, la obe-
diencia militarista. Lo que eso demuestra,
es, sencillamente, que los gobiernos repre-

sentan la barbarie, sin la fatalidad que la hizo inevitable en otras épocas, cuando el despojo del más débil era un agente de producción impuesto por las deficiencias de la producción misma. Entonces, como no hay razón en qué apoyarse, se apela a la educación artificiosa para mantener la conciencia de los hombres bajo el nivel de la civilización alcanzada, circunscribiéndola a un estado incompatible con ella. He aquí la causa de toda nuestra corrupción. Bárbaro por dentro y civilizado por fuera, el hombre no es otra cosa que un bandido más temible. El patriotismo oficial que se enseña en las escuelas y se fomenta en todas partes, es la autorización al egoísmo sin límites, caracterizado por el instinto de la fiera. El robo y el asesinato, resultan cohonestados y gloriosos por el éxito de la fuerza. La patria encuéntrase definida por un concepto de materialismo feroz, que subordina su existencia y su progreso a la guerra latente o virulenta con todas las otras cualidades análogas, en perpetua mutua relación de presa o de fiera. El patriotismo queda, así, asimilado al instinto predatorio en su más baja acepción. Tal es la idea que se encargan de expresar sin ambajes los gobernantes en sus

déclaraciones más solemnes. Radicales de Francia y liberales ingleses; autócratas alemanes e imperialistas norteamericanos, todos dicen lo mismo. De aquí que sus conferencias de la paz y sus ligas parlamentarias nos resulten tan sólo miserables hipocresías. En el último Congreso de La Haya, no pudo obtenerse siquiera la supresión de la bala «dum-dum», ese ingenio de crueldad espantosa. La pasada conferencia interparlamentaria, no ha podido eliminar tampoco el aeroplano como elemento de guerra. Y esto, por la oposición decidida del pacifista Mr. d'Estournelles que ve en el empleo mortífero de la nave aérea una ventaja de su patria.

Entretanto, como el espíritu humano es una entidad indivisible, a la cual afectan en conjunto, por razón fundamental de armonía los sentimientos y las ideas que la educación desarrolla en él, esa enseñanza sistemática del egoísmo, generaliza su funesto influjo sobre el campo de la acción individual. La nación, bandido de la otra nación, engendra al hombre bandido del hombre. El éxito de la apropiación indebida, todo lo justifica y estimula. El anarquista que asesina con su bomba alevé, es el reflejo sinies-

tro del diplomático y del general que defienden en la conferencia de la paz la bala «dum-dum». El cuartel donde se enseña la matanza científica, emplea la misma fórmula que el club de dinamiteros: «usar de todos los medios que la ciencia ha puesto en nuestras manos». El mundo entero queda, así, en permanente estado de guerra. La guerra colonial o política, constituye el derivativo de la guerra social. Nunca se ha visto en la tierra una crisis más sombría de civilización.

Razonar la idea de patria es un crimen semejante a la traición. Mas, ¿por qué no había de razonársela? La patria es una necesidad definida por una razón superior. Y esta razón es la seguridad de la libertad y la justicia que los hombres se proporcionan instituyendo la patria. Conforme a sus necesidades y a sus costumbres diversas, los hombres instituyen la patria para tener la seguridad de aquellos bienes. El estado en que los hombres se encuentran, no es igual sobre toda la tierra. Sus necesidades y sus costumbres, resultantes a su vez del medio y de la raza, exigen métodos distintos para administrar la libertad y la justicia. Por esto la patria es una necesidad a la vez que un

estado de civilización. Pero el objeto de toda patria, es administrar la libertad y la justicia.

Así razonada y concebida, la patria es un bien humano, en cuanto generaliza sobre la conciencia de cada hombre la justicia y la libertad. Mas este concepto tiene que repugnar al militarismo, agente de la guerra que es la negación de aquellos principios; y como los gobiernos no son sino una forma de militarismo, al constituir su objeto el orden, vale decir el sostén de privilegios injustos y opresores, que requieren la imposición de reglas de conducta por medio de la fuerza, su enseñanza comporta desde luego, la sistematización de la iniquidad.

Todo estado de conciencia o de sentimiento, es comunicativo. Cuando uno se siente feliz, desea que los demás sean dichosos. Cuando uno disfruta de libertad y de justicia, quiere este bien para todos sus semejantes. Por esto los pueblos más agresivos y temibles, son aquellos que padecen despotismo y miseria. Esos buscan en el mal ajeno una atenuación de su propia desventura. Son egoistas, porque están enfermos, dado que el egoismo es una enfermedad como todo estado incompatible con el medio.

La salvajez pasada que sobrevive en ellos, los pone fuera de la normalidad. Es como esos rudimentos orgánicos que solo sirven para localizar infecciones.

Tal es el estado actual de los pueblos europeos. Están encerrados en el círculo vicioso de la guerra. Para evitar que esta se declare como fenómeno social, los gobiernos piensan emplearla como agente de conquista. Para desviar el odio que contra ellos se acumula, fomentan el rencor entre los pueblos.

Esta situación, ya sin salida, agrávase aún por otro lado. El aumento de las fuerzas militares exige nuevos impuestos. Todo el trabajo de los pueblos amenaza insumirse en el sostén de los ejércitos. El costo de estos organismos excede ya al precio de la paz que sostienen. Llega rápidamente el día en que cada país estará obligado a trabajar exclusivamente para sostener sus ejércitos. Entretanto, aumenta la carestía de la vida; las aspiraciones a gozar el fruto del trabajo son cada vez más incontenibles.

El materialismo brutal de una enseñanza que hace consistir todo el éxito de la vida en resultados sensuales, trabaja poderosamente a las masas. Cuando la patria da el

ejemplo de esta aspiración exclusiva al engrandecimiento y a la gloria, por medio de la apropiación de bienes materiales adquiridos con la fuerza, puede esperarse lógicamente que cada ciudadano deseará lo mismo para sí. La participación cada vez más exigida por las masas en los bienes comunes, resulta de esto.

Este Semejante círculo de hierro no tiene para los gobiernos más escapatoria que la conquista. Hay que prevenir la guerra social y dar una razón aceptable al costo de esos ejércitos. El dogma de obediencia exige sangre, como que ni el mismo Dios de los cristianos pudo sustraerse a esta exigencia fatal para implantarlo sobre la tierra, y la historia, tanto como el buen sentido, están ahí para enseñarnos lo que puede esperarse de pueblos educados durante siglos en esa glorificación de la carnicería. Qué será cuando se trate de satisfacer pasiones egoístas, si el propio ideal humanitario tiene para ellos la muerte sangrienta como suprema justificación?...

El mismo impulso de odio que lanzó a la Europa de la Edad Media contra los infieles asesinos de Jesús, anima a los pueblos actuales unos contra otros. Es que esa pasión

feroz, constituye la razón popular del dogma de obediencia. El amo es, ante todo, la cabeza que conduce contra el enemigo. De aquí dimana que, para la mayoría, sean sinónimas la patria y el ejército. Y esto, solamente, en el mejor de los casos. En el peor, también muy generalizado, la patria se confunde con el emperador y con el rey, que, como nadie ignora, es también el jefe supremo.

Los pueblos de Europa aborrecense mutuamente, y desprecian al resto de la humanidad. Ni el Japón, ni los Estados Unidos escapan a este concepto. En vano es que hayan entrado en el concierto diplomático de las grandes potencias, por no decir en la participación del pillaje. Infunden miedo, esto sí; mas por lo mismo los odian con mayor pertinacia. El resto, forma parte de las tierras baldías, que a pesar de todas las demostraciones y las propagandas, nadie concibe sino como las ínsulas clásicas del cocotero y del negro, del loro pintado y del caimán, vale decir en grande urgencia de civilizadores, de alcohol y de cristianismo.

Bastaría haber visto las apreciaciones de insolente ignorancia con que la prensa europea comentó nuestro pasado conflicto con

Italia. En vano algún argentino, de esos que no se ocupan de andar robusteciendo por estas tierras la leyenda deprimente, con manejos y procedimientos cuya sola mención los escandalizaría entre sus compatriotas, se fué por las redacciones en demanda de hospitalidad para una sencilla y templadísima narración de las cosas. Un artículo amistoso en el cual las razones italianas —que las había—estaban expuestas con imparcialidad. El mismo deseo informativo hubo de eclipsarse ante la opinión ya formada en la ignorancia y en el error, y hasta las publicaciones oficialmente favorecidas por nuestra parte, prefirieron guardar un silencio significativo.

El otro día, con motivo de una apreciación sobre las atrocidades del Putumayo, una de las grandes «Gacetas» de Londres, mencionó el famoso combate del «Huáscar» con la «Fly» en las aguas de Ilo, tratando al navío peruano como un buque pirata, que corrido por las armas inglesas no paró en su fuga hasta... Lima.

Cierto sudamericano permitióse enviar a «la mesa del editor», o sea la sección destinada a la colaboración libre de los lectores, una breve nota, en la cual explicaba que

para los peruanos no fué precisamente una derrota aquel episodio, así como que el «Huáscar», aun derrotado, nunca habría podido fondear en Lima...

La nota mereció el esperado desdén, y los lectores de aquella ilustre publicación siguen creyendo, bajo la fe de su palabra, que el saludable terror de los cañones británicos aun impera en la «bahía de Lima».

Tratábase el año pasado de inscribir un niño argentino en cierto liceo oficial de París. El provisor, distinguida persona en cuya solapa destacábase justiciera la cinta de la Legión de Honor, tomaba los datos del caso. Ciudad natal? Buenos Aires. A lo cual añadió por su cuenta, entre paréntesis: Brasil. Y esto cuando nuestro país hállese, como es sabido, «a la moda» en Francia.

Es el texto de segunda enseñanza en muchas escuelas inglesas, cierta geografía cuya edición de 1909, contiene un mapa etnográfico que enseña la distribución de las razas. Salvo un pequeño trozo de la provincia de Buenos Aires que resulta poblado por la caucásica, el resto del país hállese ocupado por la zona amarilla correspondiente a la raza mongólica. En toda

la extensión del continente destácanse, únicos, tres letreros, que abrazan repúblicas enteras: caribes, guaraníes y patagones. Tal sería el bagaje de información popular el día de un conflicto siempre posible. La opinión creería que se trataba pura y simplemente de una nueva cacería de amarillos.

Llegará ese día? No lo creo, pero bien podría suceder. El error es padre de la iniquidad, y la opinión pública así formada influye progresivamente en la conducta de los gobiernos.

Yo no soy patriotero ni alarmista, pero me aventuro a suponer que el asunto merece la atención continental. No se trataría en mi opinión, de fomentar odios anti-europeos ni desdenes correlativos a ese estado de vergonzosa ignorancia. Por el contrario, la lección de egoísmo que ello comporta, debiera inducirnos a no incurrir en un error semejante. La bajeza del móvil rebajaría, como aquí sucede, nuestra educación patriótica. Nuestros países son la sede futura de la civilización que viene. Interesa a la humanidad, tanto como a nosotros mismos, conservarla incólume y dispuesta para aquel grande acontecimien-

to. La civilización cristiana va a perecer ahogada en el propio círculo vicioso de su dogma de obediencia y de su egoísmo. Empecemos por eliminar la religión funesta que la determina y califica. Después, hagamos que sea efectiva la solidaridad, creemos el espíritu americano, aprendamos en esta misma Europa la lección del bien y del mal. Interésanos, sobre todo, robustecer nuestras relaciones con los Estados Unidos, hermana mayor y honra de América. Parten de un error funesto los que generalizan sobre toda aquella nación, el espíritu bullanguero y brutal de sus imperialistas. Estos se hacen notar porque son escandalosos y explotan para sus escándalos la ignorancia del pueblo. Si estuviéramos unidos como debemos, nuestra razón y nuestro derecho, obrarían como argumentos poderosos contra las pretensiones de esos políticos y servirían para mantenerlos a raya. Es necesario y perfectamente posible, que el espíritu de Sud América influya en la política de la América del Norte, como influye en la nuestra el suyo.

Y sobre todo, aprovechemos el fracaso del pacifismo oficial, para no dormirnos

confiados en la fe que no merece. El estado de civilización, fórmanlo las ideas, no los gobiernos. Estos, como todo organismo anacrónico, sólo tienen ahora capacidad para el mal. Aislados en un medio incompatible, son hostiles por inclinación fatal, a todo cuanto lo representa ventajosamente. No creen sino en la fuerza bruta, o sea lo único que les resta, arruinados ya por la crítica en los dominios del espíritu.

He aquí la razón que debe encaminar toda nuestra enseñanza. Fomentar con ella la ignorancia y el odio, por espíritu de imitación servil, equivale a autorizar por mano propia todos los atentados inherentes. Conociéndose y entendiéndose, es como llegan a amarse los hombres. Gran parte de los rencores que mutuamente se profesan estos pueblos, proviene de los idiomas distintos que los aislan en extensiones límites, relativamente pequeñas. La nación vecina, es para cada uno de ellos una zona tenebrosa que puede contener todas las asechanzas. Así han aprendido a vivir en la ignorancia y en la sospecha.

Libertad y justicia, he aquí los elementos de nuestra fuerza, los fundamentos de nuestra felicidad, porque en esos princi-

pios está el secreto de la civilización futura.

Vez pasada, dos niños franceses hallábase procesados ante los tribunales, por haber causado con sus malos tratamientos la muerte de un condiscípulo alemán. En nuestra escuela normal de profesores, había un alumno boliviano cuando su patria negó acatamiento al laudo argentino que decidió la cuestión de límites con el Perú. Todos sus condiscípulos empeñáronse, entonces, en tratarlo con más consideración y cariño, estimulados a ello por aquel noble educador que se llama Pedro Pizzurno. Este hecho es significativo y solemne. La educación del odio lleva aparejadas la ignorancia y el peligro. La patria militarista no es una fuerza sino una amenaza. Los organismos destructores están llamados a desaparecer, porque todas las fuerzas de la vida acaban por aunarse tarde o temprano contra ellos. Miente el materialismo de los mal llamados profesores de energía, cuando afirma que la capacidad de destruir es una condición para durar. En la maraña del bosque, sí, tratándose de jaguares y de tribus bravías. En el seno de la civilización, que es lucha constante contra la barbarie y contra la fiera, resulta lo contrario. La ci-

vilización es un estado de conciencia, no un resultado físico; y de no creerlo así, padece la Europa su actual crisis, mientras le llega la hora de la sangre que una educación funesta la ha impuesto como precio de redención.

Leopoldo Lugones

Films de viaje

1.—Músicas nocturnas

—Se nota la falta de los españoles entre los emigrantes. No se oyen las guitarras animadoras, ni las castañuelas; ni se ve danzar la jota, o la seguidilla, con acompañamiento de palmadas y de jaleos.

—Ciertamente, van gentes de otro espíritu y de otras costumbres. Apenas, en esta noche en que brilla la luna, se oye un precario acordeón que toca un vago vals vienés.

Desde la masa humana de tercera sube esa música como con fatiga, y parece que todos escuchan en silencio. Arriba—«e vidi quatro stelle»—brilla la cruz del Sur; y un creciente de luna platea la noche y pone una luz apacible sobre las aguas. El acordeón sigue en un «danubio-azul» interminable.

La orquesta ha comenzado sus tocatas al otro lado del barco, en la verandha. Luego, hay un silencio, turbado apenas por el roce de las olas con el casco del vapor. Y en medio de ese silencio, de la masa humana de los emigrantes, brota un coro sonoro y grave que se diría religioso en la tranquilidad de la poesía nocturna. Son los alemanes. Cantan, con su amor musical, una canción de su país, una de esas canciones que son propias a los hombres del Norte, hombres impregnados del «vapor del arte», que han vivido cerca de las selvas oscuras, y han oído, cerca de las ruinas de los castillos en que habitaran los viejos hargraves, cantar sobre los árboles de leyenda, los ruiñesores, lanzan sobre el océano su canto, hijos de la pensativa y melodiosa Germania; y no se sabría decir a dónde dirigen el ímpetu armonioso, si a la tierra antigua que dejaron, o a la tierra nueva en donde ven surgir una esperanza.

2.—Gerifaltes de Israel

En el «parlor» hay cuatro pequeños escritorios. Todos ellos están ocupados desde por la mañana por cuatro pasajeros, en cu-

yas faces se distingue un signo de raza: se pensaría que son extraídos de la «menagerie» de Drumont.

Cerca, unos cuantos, conversamos.

—Pronuncie usted—dice un francés—en voz alta la palabra «argent», y verá cómo, en seguida, todos cuatro vuelven la cabeza.

—«Parce que l'argent»...—dije en alta voz.

Todas las cuatro cabezas de los hombres que escribían se alzaron, y miraron hacia nuestro grupo. La prueba estaba hecha. Eran cuatro cabezas llenas de salud fuerte, de un rosado subido; aspectos de aves de rapiña, con las narices curvas y los ojos de persecución. Esos comerciantes, esos exploradores de presa, se veía que estaban poseídos por su demonio ancestral, y que antes que en la sinagoga, tenían su culto en la banca, en las casas áureas de Francfort, de Viena, de Berlín, de París, de Londres. Eran cuatro gerifaltes enviados por los grandes aguiluchos y gavilanes de Europa a buscar caza en América.

Y cada cual, en la conversación, expresó su reflexión, o contó su anécdota, o dijo su cuento humorístico.

—Hay uno muy conocido,—dijo alguien.

—Una vez, iban en un pequeño barco que llevaba una carga de naranjas, como pasajeros un negrito y un judío. Sobrevino una fuerte y amenazadora tempestad. Y fue preciso, después de mucho bregar con el viento, aligerar la carga. El patrón echó al agua las naranjas. Luego un banquito de madera. Luego al negrito. Luego al israelita. Y sucedió que una vez pasada la tempestad fué pescada en la costa una gran bestia marina. Y al abrirle el vientre, se encontró al judío, sentado en el banquito, vendiendo las naranjas al negro.

—A la verdad, estas gentes fueron obligadas por la necesidad a hacer que se cumpliesen las profecías y que Israel fuese dueño del mundo, con todo y ser abominado y perseguido. Se les miró peor que a los leprosos, se les abominó, se les echó de todas partes, se les condenó al gheto, a la esclavitud, y aun a la hoguera. Se les prohibió la tierra. Ellos encontraron entonces su campo en el dinero; fueron avaros y hábiles, y Shylock afiló su indestructible cuchillo. Y a medida que la civilización ha ido avanzando, el poderío de esa raza maldecida, pero activa y temible, se ha ido aumentando, a medida que ha ido en crecimiento la rebus-

ca del oro, la omnipotencia del capital, y la creación de una aristocracia cosmopolita, de universal influencia, cuyos pergaminos son cheques, y cuya supremacía ha invadido todas las alturas, halagando todos los apetitos. He ahí la obra de los halcones de Manmón, de los gerifaltes de Israel.

Los cuatro israelitas se habían levantado, y habían dejado, en signo de posesión, sus cartapacios sobre las mesas de escribir. Se paseaban fumando gruesos cigarros, hablando en voz alta, haciendo grandes gestos y ademanes, y caminando a zancadas, con sus largos y anchos pies. Y había en ellos una animalidad maligna y agresiva.

3.—Los caprichos del sol

El prodigio siempre renovado es el de las arquitecturas de oro, de las ciudades fabulosas, de las visiones del encantamiento que forma el capricho de los ponientes sobre el horizonte oceánico. Tiros, Heliópolis de fuego, Ecbatanas de maravilla, surgen en el decorado de mil tintes y matices que el sol extiende sobre el cielo vespertino. No es el diálogo entre Hamlet y Polonio; en realidad vemos aparecer fantásticas figu-

ras, monstruos, aves colosales, palacios anaranjados, escalas firmamentales como de plata viva, creaciones de un Pivano en delirio, de un Turner exacerbado; ríos de topacio entre rocas de carmín y arboledas brumosas y azuladas. Y cien triunfos de color y cien rompimientos, y cien aguas de perla, de metal, de pedrería, se presentan a nuestra vista, para cambiar en seguida, para transformarse, como bajo el capricho de una luminosa fantasía. El espectáculo está en nosotros, desde luego; pero también fuera de nosotros; y si cada cual lo mira conforme con su poder ideal y su mayor o menor frecuencia del ensueño, la voluntad inmensa que domina el acaso y que no cuenta con nosotros, crea, combina para el instante en lo infinito.

4.—Monotonía del mar

Y otra vez! Monotonía de las travesías; de las gentes, siempre las mismas, hombres de negocios, viajantes de sus aburrimientos, apacibles mamás, inglesas tiesas, coquetas, cocotas. Y en los amontonamientos de la tercera clase, los rebaños de la inmigración, las almas opacas o revuel-

tas de la carne de fatiga, los que van soñando una ilusión de bienestar, un Brasil, un Uruguay, una Argentina de oro. Monotonía de la inmensidad de agua, que cambia a cada instante, permaneciendo la misma. Los colores de los cristales del Océano son ya más oscuros, más brillantes, más transparentes; mas siempre es el eterno espectáculo de esta divinidad visible y móvil que llega a fatigar con su aspecto vasto e invariable. Apenas las fiestas del sol cambian con sus decoraciones inauditas y sus rompimientos de oro y de piedras preciosas, la visión fatigante. Y el corazón de la máquina ritma, también monótonamente, el paso del barco sobre las olas. Y en ninguna parte, como en medio de esta inmensa monotonía, se despiertan en el espíritu dos misteriosos dones del alma, el recuerdo y la esperanza.

5.—Los bohemios

Son bohemios de verdad, los que en la tercera clase manchan con los vivos y alegres colores de sus vestidos vistosos la muchedumbre aglomerada de los trabajadores que van en busca de las tierras pingües y

generosas. Es una numerosa tribu, que viene quién sabe de dónde y que habla en no sé qué lengua áspera y bárbara, húngaro, búlgaro, algo balcánico. Hay un anciano, muy anciano, que es el jefe, el patriarca. Él y los otros hombres, visten chaquetones oscuros, que tienen por botones profusas y enormes bellotas de plata. Otros llevan camisas rojas, o de telas que se dirían de cortinajes y tapicerías, de colores detonantes. Son fuertes, morenos y velludos. Uno tiene la cara de un chivo, a otro le forma el tupido pelo recostado en redondo, como un capacete de seda espesa y renegrida. Son tipos de procreadores. Las mujeres son fuertes, macizas, de aspectos variados y de cierta belleza. Una, de perfil caucásico, ya de alguna edad, lleva al cuello, y en las dos gordas trenzas que le caen por el pecho, como hasta veinte antiguas onzas de oro de España. Hay otras más jóvenes, hembras que revelan animalidad libre y larga fecundidad. Una se creería sacada de un bajo relieve sensual de ojos fogosos; otra es casi rubia; otra se juzgaría andaluza, y las hay con algo de las razas nórdicas. Pero todas parecen doradas por el sol, cuyo retiro van buscando los cosroitas; todos traen a la

memoria cuentos de mal de ojo y de buena ventura, todos hacen recordar versos del Richepin turanio de antaño; todos tienen la pátina del azar, el relente de la vida errabunda, el secreto quizá de la relativa felicidad, parientes de las bestias de los montes y de los pájaros del aire, predilectos de la luz, confidentes del mono, del perro y del oso, amantes del sol y de la libertad. Para comer, tienen un tapiz en que hay simuladas admirablemente hojas de árbol, y allí toman el te de su samovar, con rajadas de limón y pan que cortan con sus cuchillos y navajas. Y luego fuman, desde el niño de cuatro años, que parece un duende, hasta el viejo curtido por vientos y soles, que se asemeja a un brujo.

6.—Elogio de los gordos

Viene a borde un hombre de una gordura dominante y eminente. Este hombre gordo es comunicativo, conversador, ocurrente, amable y de un humor risueño que no varía, ni aun con los calores ecuatoriales. Lo acompaña una dama graciosa y capitosa, cuyos «appas» son de los que siempre alaban con preferencia los poetas que cita en

sus narraciones la sutil Sheherezada de las «Mil noches y una noche». El gran portugués Eça de Queiroz dice en alguna parte hablando de no recuerdo cuál de sus personajes: «era um gordo, e portanto um prudente». Quizá la prudencia sea lo que falte a nuestro robusto compañero de navegación, pues a pesar de sus ciento cincuenta kilos, se atreve a danzar sobre cubierta, con su alegre dama y otras gentiles pasajeras. Yo he de decir el elogio de los gordos, porque ellos no dan entrada a la mal aconsejadora melancolía. Casi siempre están de buen ánimo y saben el precio de la vida. Ríen de verdad, con risa franca y sabrosa. Gozan de buen apetito y digieren en la paz de su completa satisfacción. Los favorece el sentido común, la tranquilidad y la feliz armonía con los demás hombres. Raro, rarísimo será el gordo suicida. Si Bruto hubiera sido gordo, no habría asesinado a su bienhechor. No lo dice así propiamente Shakespeare; pero recordad los versos del «Julio César». Los sueños y las visiones que perturban el ánimo, no frecuentan a los gordos. Ved al flaco don Quijote, asae-teado de penas y cuidados, y al gordo Sancho, que sabe aprovechar el paso de la hora

y llena el bandullo. Todo flaco para en lívido y todo lívido en maligno, por causa del mal funcionamiento de la economía corporal; la sana y bienhechora risa huye de los flacos, gentes a quien messer Goster no es propicio y cuyo hígado, órgano ilustre para los orientales, les hace malas bilis y peligrosas cóleras. Rabelais sabía bien todo esto, y en ello pudo extenderse M. Berget, maestro de conferencias, cuando su visita a Buenos Aires. El gordo del barco es ameno y afectuoso. Cuenta cuentos picantes; trata a los amigos ocasionales con regocijada confianza; juega a los juegos ingleses; come sandwiches, ríe con convicción y salud. Es un ser feliz. Y por su causa he escrito estas líneas, recordando a los abades conventuales, al noble rey Gambrinus, y a sir John Falstaff, todos ellos de opulenta y rozagante memoria.

Rubén Darío

De LA NACIÓN de Buenos Aires.

Editor:—J. GARCÍA MONJE



CECILIA BÖHL DE FABER

(FERNÁN-CABALLERO)

Según la copia de Madrazo; tal como era en 1860, a los sesenta y cuatro años de edad, y tal como se conservó, con escasa diferencia, hasta la época de su muerte. (1887).